

ESCULTURA ZOOMORFA IBÉRICA: A PROPÓSITO DEL JABALÍ DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO DE BAENA (CÓRDOBA)

José Antonio Morena López
Seminario de Arqueología
Universidad de Córdoba*

RESUMEN

Se estudia una nueva escultura zoomorfa ibérica en piedra procedente del término municipal de Baena (Córdoba). Fue hallada de forma casual hace varios años y se conserva en el Museo Arqueológico de dicha localidad. La escultura, que no está completa, representa a un jabalí echado, animal que apenas fue representado en la gran escultura en piedra. Teniendo en cuenta el simbolismo funerario de este animal en el mundo ibérico creemos que la pieza podría haber formado parte de la decoración de una tumba.

Palabras clave: Escultura, mundo ibérico, simbolismo funerario.

SUMMARY

It's studying a new Iberian zoomorph sculpture made on stone. It come from Baena (Córdoba) townshi It was discovered by chance some years ago and nowadays it's in the Archaeological museum of this town. The sculpture, that it isn't complete, symbolizes to a lying wild boar, animal which we can hardy find on the stone sculpture. Taking into account the funeral symbolism of this animal on the Iberian world the object could be part of the scenery of a grave.

Key words: Sculpture, iberian world, funeral symbolism.

I. INTRODUCCIÓN

La provincia de Córdoba constituye una de las zonas más prolifas en escultura zoomorfa ibérica del Sur peninsular (Ruano, 1981; Chapa, 1985 y 1986; Vaquerizo, 1999) y dentro de dicha provincia el término municipal de Baena es, probablemente, el que más ejemplares ha proporcionado, casi siempre de manera fortuita, destacando la serie de leones procedentes del Cerro Minguillar (Chaves, 1982;

Chapa, 1985 y 1986), los cérvidos del Cerro San Cristóbal (Vicent, 1982-83) y los felinos y loba con cría del Cerro de los Molinillos (Blanco, 1960; Chapa, 1985 y 1986; Morena y Godoy, 1996). Otra figura de león, no en bulto redondo sino en relieve, aparece haciendo las veces de capitel, en el sillar decorado de Torreparedones, en una escena de marcado carácter religioso (Serrano y Morena, 1988; Morena, 1989 y 2000) que debe relacionarse con el santuario ibérico ubicado en dicho yacimiento (Morena, 1989 y 1997;

* Plaza Cardenal Salazar, s/n. 14071, Córdoba. e-mail: jamorena@terra.es

Cunliffe y Fernández, 1999). Hay que añadir además otras piezas de bóvidos, uno de pequeño tamaño interpretado como exvoto (De la Bandera, 1979-80, p. 399-400; Morena, 1997, p. 277-278) y una cabeza de toro encontrada en el Cerro Minguillar que fue reutilizada junto a un bloque de piedra en el que aparece un cuadrúpedo a medio desbastar (Muñoz, 1987, p. 63), así como una placa con un équido grabado que debió pertenecer a un santuario dedicado al culto de dicho animal (De la Bandera, 1979-80, p. 398; Morena, 1997, p. 278). Para esta zona oriental de la Campiña de Córdoba (zona de Baena y Nueva Carteya) se ha hablado de la existencia de un taller que daría salida a toda esta producción escultórica, predominantemente, animalística (Chapa, 1985, p. 245 y 1986, p. 224-225; León, 1997, p. 162 y 1998, p. 42-43).

II. EL YACIMIENTO Y CIRCUNSTANCIAS DEL HALLAZGO

Las piezas fueron halladas hace años, de manera fortuita, en la localidad de Baena, situada en el SE. de la provincia de Córdoba, a unos 60 km. de la capital (fig. 1). En concreto aparecieron en las afueras de la localidad, en el paraje conocido como camino de la Salobreja, al labrar un terreno plantado de viñas (fig. 2). Las coordenadas U.T.M. del lugar del hallazgo, referidas a la hoja 967 (3-2) del Mapa Topográfico de Andalucía a escala 1/10.000, son: $x = 382.081$; $y = 4.164.798$. El sitio podría estar relacionado con el yacimiento del Cerro de Santa Catalina, también conocido como Cerro de la Antigua por haberse ubicado allí la antigua población de Baena, según relata el erudito local Francisco Valverde y Perales: «*La primitiva población debió existir sobre un terreno elevado que se encuentra contiguo al que ocupa la actual, al lado derecho de la carretera de Baena a Castro del Río, terreno que aún hoy lleva el nombre de Cerro de la Antigua, y en el cual se han descubierto en distintas ocasiones algunos trozos de mosaicos y restos de población, especialmente los de un cementerio... donde había muchas sepulturas alineadas hechas de bóveda de ladrillos, los restos del cimientado de una torre de buenos sillares y una pila de piedra en forma de fuente... En el dicho cerro debió fundarse Baena, extendiéndose por la falda de P. hacia la margen derecha del citado río, pues hasta la sencilla inspección ocular de los taludes de la carretera mencionada, en aquel sitio, para ver asomando en ellos los restos de antiguas edificaciones*» (Valverde, 1903, p. 2). El yacimiento, destruido en parte por las obras de acondicionamiento de la carretera N-432 de Badajoz a Granada, corresponde a una villa romana de gran extensión con ocupación en períodos históricos posteriores (Morena, 1992, p. 81). La pieza, que formó parte de la colección del artista baenense D. Francisco Ariza, se encuentra hoy expuesta en el Museo Arqueológico Municipal de Baena.

III. DESCRIPCIÓN DE LA PIEZA

Como se puede observar apenas si se ha conservado la mitad de la escultura, que representa a un jabalí echado sobre sus patas; sólo tenemos parte de la cabeza y de las patas delanteras. La pieza es de pequeñas dimensiones (completa no debió superar el metro de longitud), con una longitud de 33 cm., 22 cm. de altura y 16 cm. de anchura máxima. El hocico mide en su extremo 8 cm. de altura y 6 cm. de anchura. La materia prima empleada es una caliza blanca local, de grano muy fino, que al salir de la cantera con su humedad natural se talla con bastante facilidad, ofreciendo unos acabados realmente exquisitos.

En este mismo material están esculpidas las mejores muestras de la animalística ibérica cordobesa y, por supuesto, toda la serie creada por el taller que debió existir en esta zona. Este taller, se caracteriza, en sus comienzos, por dar salida a una producción exclusivamente zoomorfa. La dureza y rusticidad de las esculturas, la abstracción y estilización geometrizable de las formas son características particulares de este taller, entre las que, a veces, es necesario diferenciar dos tendencias. Una se traduce por un esquematismo extremo y una tremenda rigidez en las formas, como se ve en los leones del Cerro Minguillar de Baena) y otra que busca una mayor riqueza ornamental y naturalismo, caso del felino de Nueva Carteya (León, 1997, p. 162 y 1998, p. 43).

Como ya queda apuntado la pieza no se conserva en su totalidad, pues tan sólo queda parte de la cabeza y las extremidades anteriores, suficiente para saber que el animal estaba echado (láms. 1 y 2). No apoyaba sobre base alguna o escabel sino que son las propias patas las que sirven de asiento al cuerpo del animal. De la cabeza sólo quedan el ojo izquierdo, de forma ovalada, y parte de la boca con los cuatro colmillos, los dos superiores llamados defensas y los dos inferiores, conocidos como amoladeras, mientras que al hocico (de sección ligeramente ovalada), también llamado jeta, le falta el extremo final (lám. 3). La boca está indicada por una suave incisión y por el pliegue que forma la piel en la parte de los colmillos. Además, se observan algunos desperfectos que han afectado, en especial, al lado derecho de la cara y a ambas patas. De éstas se reconocen bastante bien las pezuñas, diferenciadas mediante sendas incisiones paralelas. Conviene advertir que la posición de las extremidades inferiores, hacia adelante, como hacen los leones cuando se encuentran echados, no se ajusta a la realidad, pues el jabalí al igual que otros animales como los toros y los ciervos, las doblan por las rodillas hacia atrás. Es probable que esta circunstancia se deba a una incapacidad del artista, pero quizás éste, inspirado en el convencionalismo formalista de otras esculturas, en especial de felinos, que son muy abundantes en la zona, se decidió por representar a nuestro jabalí en semejante posición. No es éste el único ejemplo de animales que talla el escultor en posiciones imposibles. Sin ir más lejos, otra

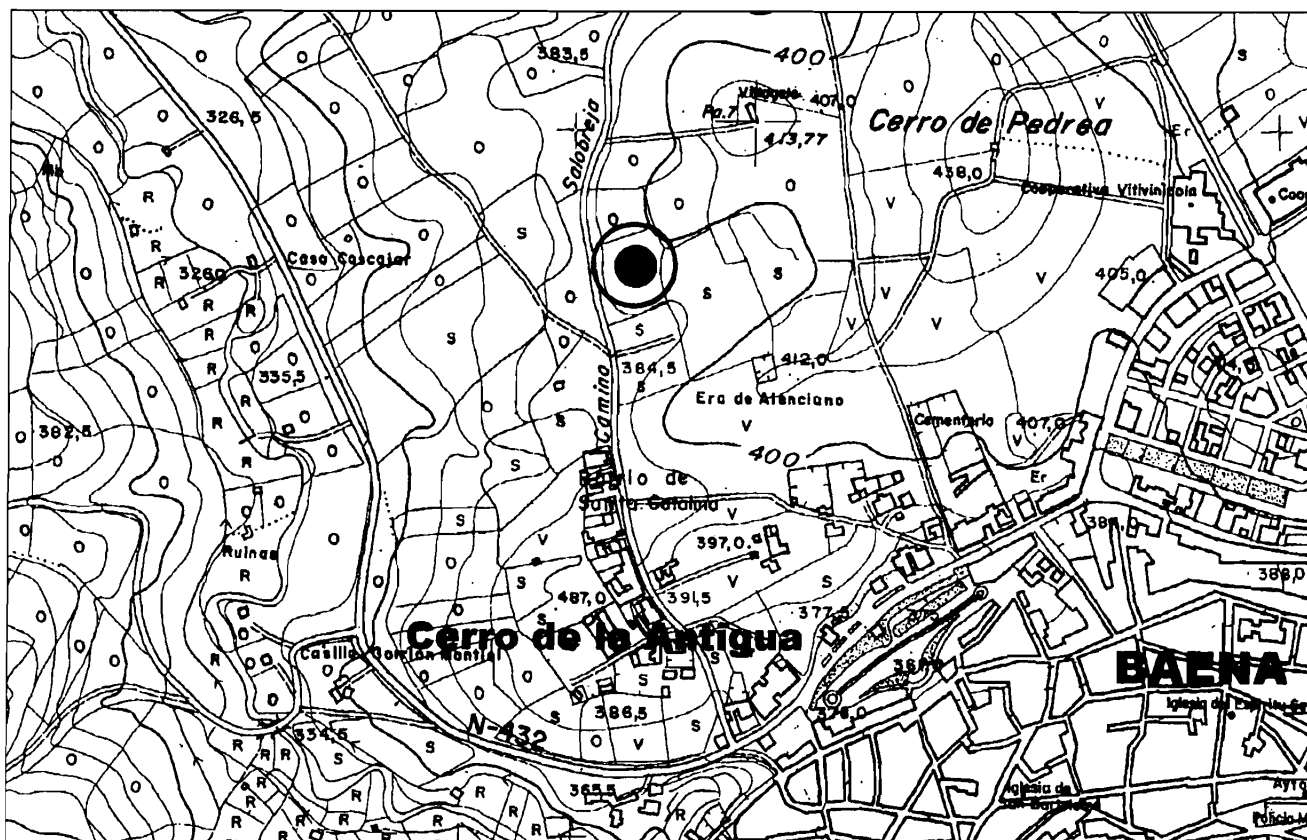


FIGURA 2. Ubicación del lugar del hallazgo (círculo). Al sur y sureste el yacimiento del Cerro de la Antigua y el casco urbano de Baena.

escultura zoomorfa de Baena, en este caso un ciervo, dirige sus patas hacia adelante, algo que un herbívoro es incapaz de hacer, en vez de doblarlas bajo el vientre que sería, como decimos, la postura correcta (Vicent, 1982-83, p. 22; Chapa, 1985, p. 187 y 1986, p. 169).

Pese al esquematismo general que se advierte en la talla, hay que hacer notar la gran naturalidad con que se han representado los colmillos, en especial las defensas, arqueadas hacia arriba, tal y como es característico en este tipo de animales y que como se sabe constituyen un arma mortífera (láms. 4 y 5). Es este un detalle fundamental que permite, de forma inequívoca, identificar a este suido, con un jabalí y no con un cerdo, aunque para algunos autores esta singularidad no aclara nada al respecto (López, 1977, p. 721). En la cara inferior de la base y también en la frontal, que forma un acusado ángulo se observan con nitidez las marcas de los instrumentos usados por el artista en su trabajo. Destaca, en especial, el cincel de filo recto, cuya señal resulta inconfundible (lám. 6). En la escultura ibérica se han constatado dos formas de uso de esta herramienta, que se usaba una vez que el bloque había sido cortado: en unos casos se golpeaba (a base de macetas) con el instrumento casi adosado a la piedra, lo que permitía

recorridos largos del filo sobre la superficie, como se ve en la base de la pieza que nos ocupa; mientras que en otros, el cincel se empleaba abriendo su ángulo de incidencia con relación al plano de la superficie a esculpir, al ser este ángulo mayor, el cincel hacía un menor recorrido pero penetraba más dejando, de este modo, un pequeño escalón al final del recorrido (Negueruela, 1990-91; Castelo, 1995, p. 142).

IV. REPRESENTACIONES DEL JABALÍ EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Aunque las figuraciones de este suido están extendidas por todo el mundo ibérico se puede afirmar que su presencia en la gran plástica en piedra está ausente, si exceptuamos el grupo escultórico de Cártama (Málaga) y los relieves de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete) donde aparece representado en varias ocasiones. En la pieza malagueña, de claros influjos helenísticos, el jabalí se presenta como una fiera masiva que muerde a un carnero, que vuelve la cabeza indicando una muerte segura e inminente. La cabeza del suido es alargada, con dientes aguzados y ojos redondeados, con pupila marcada mediante una profunda



LÁMINA 1. *Jabalí ibérico de Baena. Lado izquierdo.*

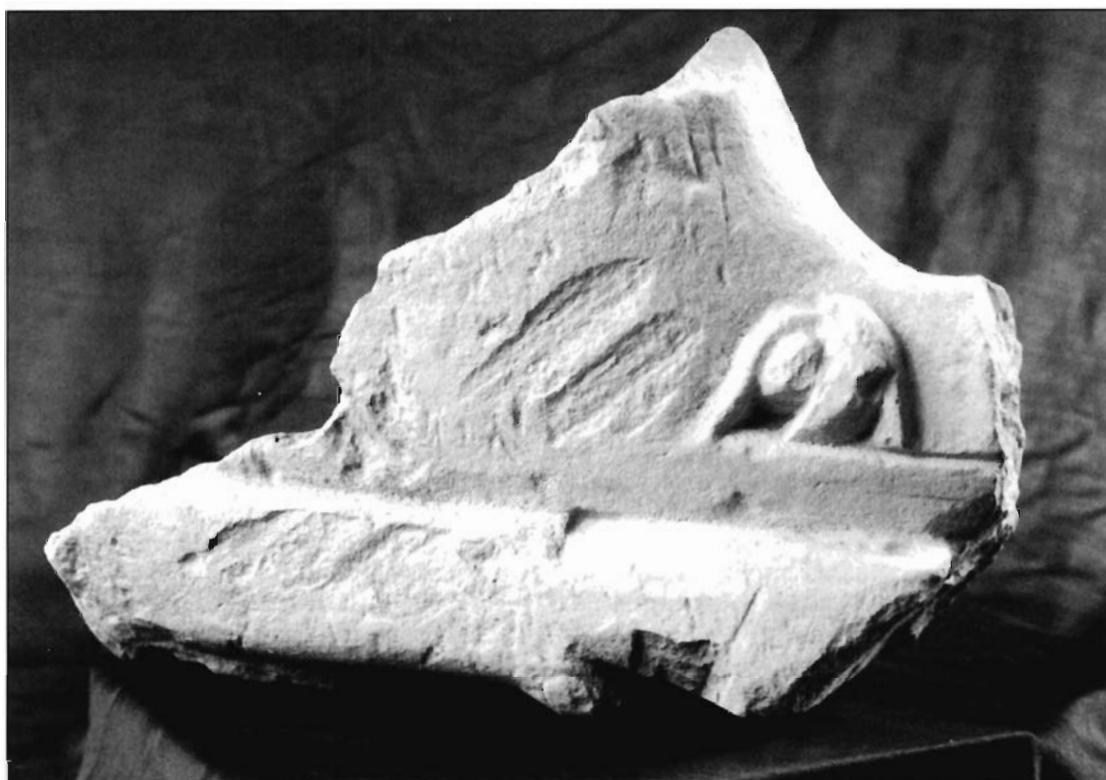
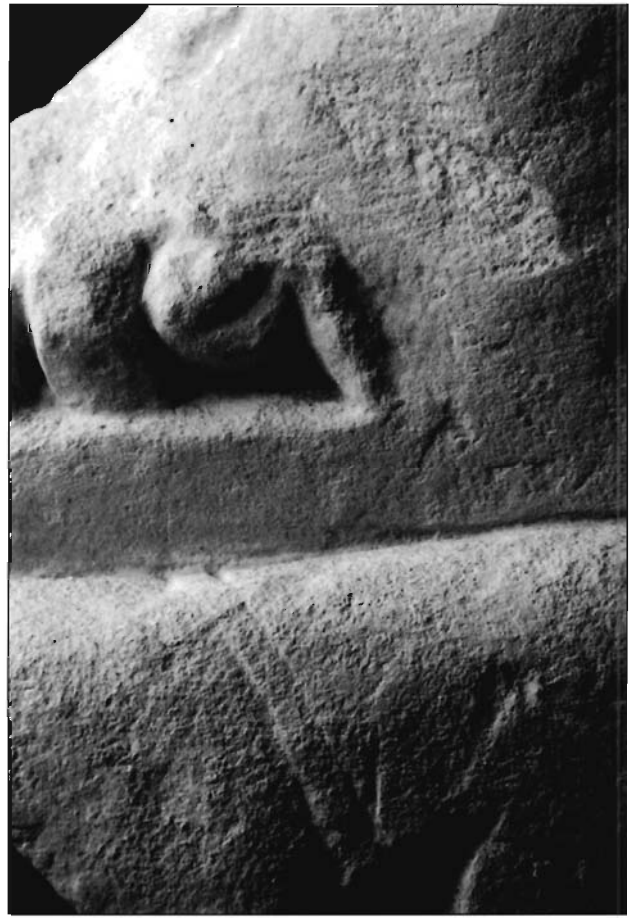


LÁMINA 2. *Lado derecho.*

LÁMINA 3. *Vista frontal.*LÁMINA 4. *Detalle de los colmillos y pata izquierdos.*

incisión. Las orejas, anchas y apuntadas, estaban erguidas. Se advierten indicios del bigote y del tabique nasal en resalte. Las costillas se indican con surcos verticales y la cola, rota, se apoyaba en los cuartos traseros, entre los que puede observarse el sexo del animal. Las patas estaban en pie y la delantera izquierda es la que sujeta la presa (Chapa, 1985, p. 118 y 1986, p. 114). En el monumento funerario orientalizante de Pozo Moro, el jabalí aparece en dos ocasiones: en una se ha plasmado el sacrificio de un jabalí, que aparece sujeto por un personaje sentado con doble rostro felino, mientras que en la otra, la única escena que se ha conservado completa, un jabalí bifronte (lám. 7) se enfrenta a dos personajes mitad humanos mitad serpientes (Almagro Gorbea, 1982 y 1983a). A pesar de que estos son los ejemplos más cercanos para el jabalí de Baena, hemos de recordar que en Pozo Moro lo que tenemos son relieves, mientras que en Cártama, la pieza no está aislada, como creemos que debió estar la de Baena, sino que forma parte de un grupo junto con un carnero; además la escultura malagueña está someramente tallada por su lado izquierdo,

indicio más que probable de que estuvo adosada por este lado, pero el ejemplar baenense, pese a su estado fragmentario, pensamos que corresponde a una escultura exenta, como ya hemos apuntado anteriormente.

Otras representaciones del jabalí en la Península Ibérica las tenemos en un pequeño puerco mutilado recuperado por Engels en el Llano de la Consolación (Albacete) (Fernández de Avilés, 1953, p. 199-200), hoy perdido, y en la figurilla broncea de Riotinto (Huelva), (lám. 8) hallada en el interior de una mina, paralelizada por Blanco con piezas de la Grecia clásica de época orientalizante y también con Endovellico (Blanco, 1964, p. 339-344), divinidad de carácter ctónico e infernal (Blázquez, 1975, p. 93). T. Chapa nos recuerda, como ya desde época antigua algunas zonas caso de las Islas Baleares recibieron importaciones orientales como el jabalí alado de Torelló (Chapa, 1985 y 1986, p. 186), vinculado al gusto mediterráneo (García y Bellido, 1936, p. 41). De época orientalizante es también la pátera de Tivissa (Tarragona) con una escena en la que el protagonista es el jabalí, acosado por un jinete a



LÁMINA 5. *Detalle de los comillos y patas derechos.*

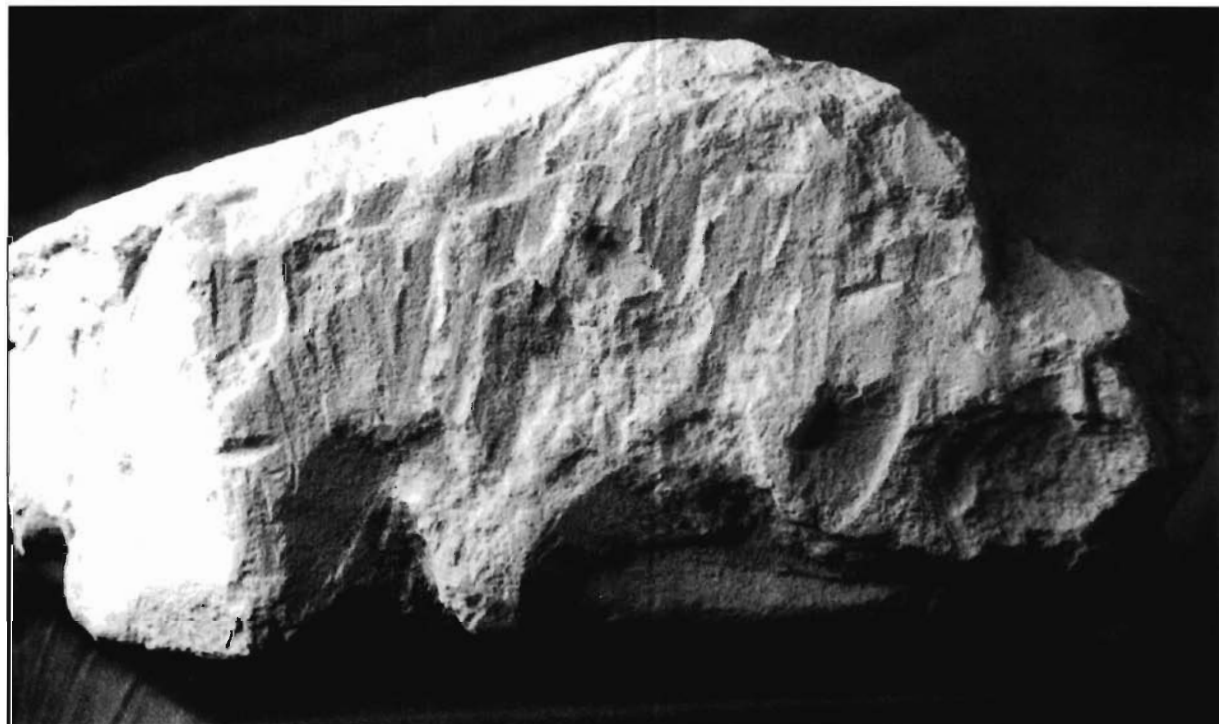


LÁMINA 6. *Detalle de las huellas del cincel en la base.*



LÁMINA 7. *Relieve con jabalí bifronte. Pozo Moro (Albacete).*

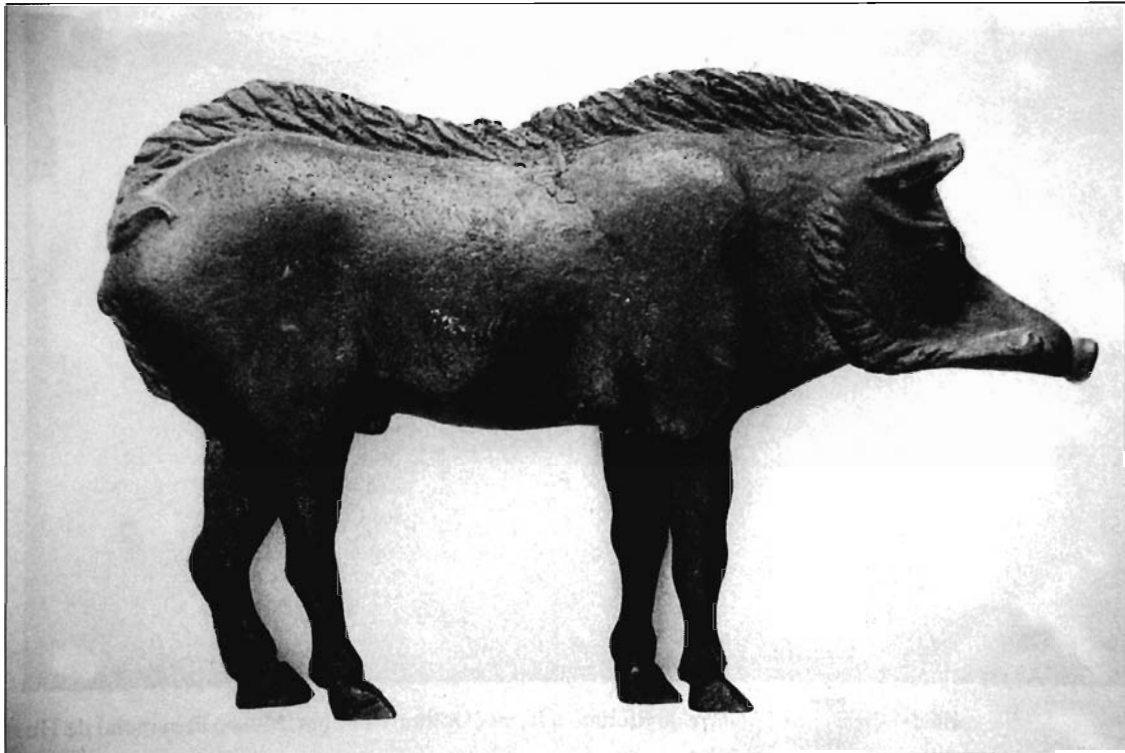


LÁMINA 8. *Jabalí de Riotinto (Huelva).*

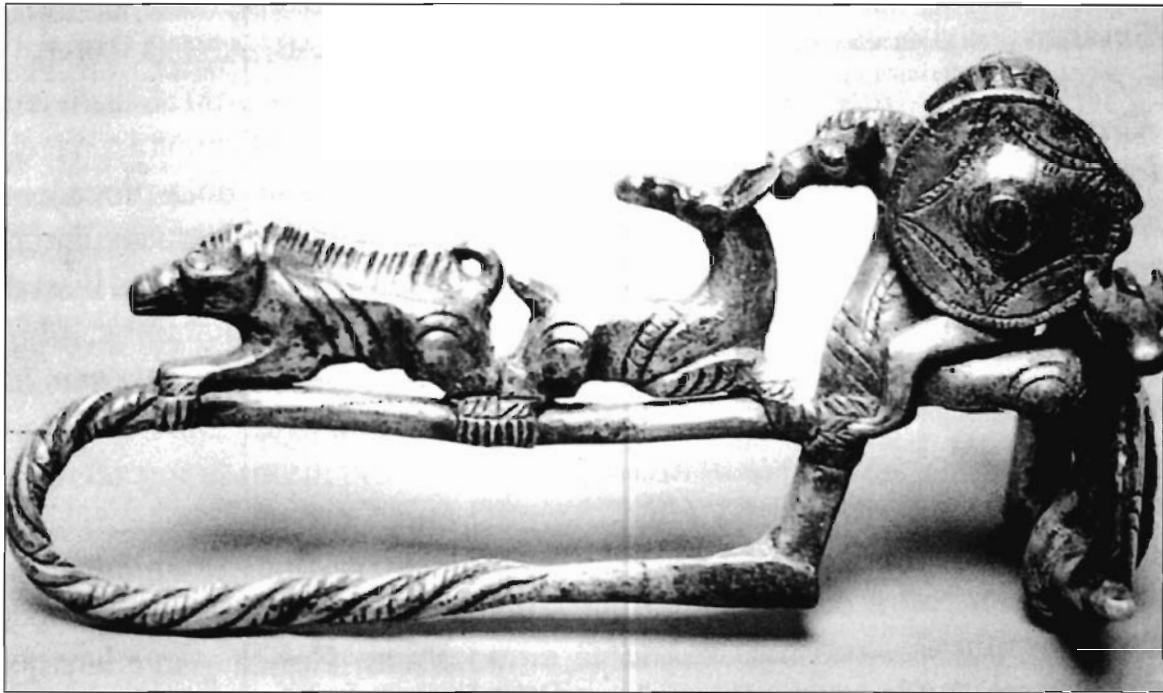


LÁMINA 9. *Fíbula de plata de Chiclana de Segura (Jaén).*



LÁMINA 10. *Carro votivo de Mérida (Badajoz).*

caballo y un león (Blázquez, 1977, p. 221, 354). Otros ejemplos los tenemos en la pintura vascular de Archena (Murcia), donde se le representa en una escena de caza (Blázquez, 1977, p. 236) y Liria (Valencia) (García y Bellido, 1954, fig. 587). El jabalí, situado en primera posición en una imaginaria carrera, es una de las figuras obligadas en todas las fíbulas con escena venatoria (Prieto y López, 2000, p. 49) y así lo vemos en varias fíbulas argénteas andaluzas procedentes de Chiclana de Segura (Jaén) (Avellá y Rodríguez, 1986) (lám. 9) y Cañete de las Torres (Córdoba) (Raddatz, 1969, p. 202), sobre cuyos puentes se representan sendas escenas venatorias, con un jabalí perseguido por un jinete con ayuda de perros (Angoso y Cuadrado, 1981, p. 18-30). Otra escena de caza la vemos en el carro votivo de Mérida (lám. 10) (Blázquez, 1955; Fernández y Olmos, 1986, p. 122-124). También está representado este animal en el bronce de Máquiz procedente de Mengíbar (Jaén), donde dos jabalíes se afrontan a unas ramas esquemáticas que brotan del suelo (Almagro Basch, 1979, p. 176-181; Olmos, 1992, p. 141).

En el ámbito celta peninsular, y más concretamente, en la Meseta occidental, el jabalí fue representado de numerosas formas y sobre distintos objetos que se pueden agrupar en seis apartados diferentes: fíbulas zoomorfas, broches de cinturón, figurillas diversas, téseras de hospitalidad, estelas de piedra y verracos (Cerdeño y Cabanes, 1994, p. 104-112; Blanco, 1988). Estas representaciones meseteñas del jabalí tienen en el mundo céltico europeo su referente más próximo, existiendo numerosos ejemplos no sólo en piezas zoomorfas, sino también en mitos y leyendas cuyo protagonista indiscutible es dicho animal (Cerdeño y Cabanes, 1994, p. 113-115; Roberts, 1995; Green, 1992). El mundo de los verracos es el que más afinidad, por decirlo de algún modo, tiene con el jabalí de Baena, ya que se trata de escultura en piedra, aunque su significado, como luego veremos, pueda ser diferente. Desde antiguo, estas esculturas han llamado la atención de numerosos investigadores y su problemática, en lo que se refiere a su cronología y funcionalidad, aún persiste en los trabajos más recientes (Arias-López-Sánchez, 1986; Martín, 1974; López, 1983 y 1989; Álvarez, 1990). Los distintos análisis efectuados para la clasificación tipológica de estas esculturas ponen de manifiesto la mayor abundancia de toros, frente a cerdos y jabalíes, que se distinguen de los cerdos por tener una cabeza más alargada, la jeta más prolongada y unos colmillos grandes y salientes (Hernández, 1982, p. 220), aunque para algunos la representación de esta característica no nos aclara nada (López, 1977, p. 721).

De época romana hay otras representaciones, caso de un ara funeraria de Barcelona que contiene la caza de un jabalí (García y Bellido, 1949, p. 306, 370), el acueducto de Segovia en uno de cuyos sillares vemos a Hércules junto al jabalí de Erimanto (Bosarte, 1802, p. 29) o el bronce del Instituto de Valencia de Don Juan sobre el que se disponen una serie de animales, incluido un suido, en

una escena que se ha interpretado como la versión local de una *suovetaurilia* romana (Cerdeño y Cabanes, 1994, p. 113). Del arraigo que en época romana tuvo este animal en la zona, puede dar testimonio una inscripción de *Obulco* (Porcuna-Jaén, localidad limítrofe con Baena) en la que un personaje, que desempeñó los cargos de *aedilis*, *duumvir*, y *flamen*, y su hijo, que fue *sacerdos* del *Genius* de este *Municipium Pontificiensis*, donaron un grupo escultórico de una cerda con treinta crías (CIL, II, 2126). El tema inspirado en uno de los mitos del nacimiento de Roma, era el de una jabalina blanca con los treinta jabatos que Eneas, tal como se le profetizó, encontró nada más pisar la tierra del Lazio, bajo una encina (Rodríguez, 1994, p. 355).

V. EL MUNDO GRIEGO

Pero antes que en el romano, en el mundo griego el jabalí aparece como protagonista en algunos de sus mitos más conocidos (Nöel, 1987; Gallardo, 1995). En el mundo clásico, los jabalíes, junto a otros animales como los caballos o los toros, se consideraban como animales de la fauna real, protagonistas indiscutibles, como decimos, de importantes mitos en los que jugaron un papel destacado (González, 1998, p. 152). En los trabajos de Heracles tenemos una de la leyendas más famosas de la Antigüedad. Como se sabe, la pitia o sacerdotisa de Apolo le indicó que si se ponía a las órdenes de Euristeo, rey de Tirinto y Micenas, y realizaba para él diferentes trabajos que le mandara, al acabar su vida mortal recibiría como premio la inmortalidad. El cuarto trabajo que le encomendó Euristeo relata la captura del jabalí que habitaba en las cumbres del monte Erimanto, en la región de la Arcadia, y que asolaba la ciudad de Psófide. Heracles logró capturar a la bestia, se la echó a su espalda y la llevó a Tirinto.

Otra captura legendaria del jabalí tiene como protagonista a Meleagro, hijo de Altea y el rey Eneo. Sin duda, la cacería del jabalí de Calidón fue, junto a la expedición de los Argonautas y la guerra de Troya, una de las tres grandes empresas colectivas que encontramos en la Mitología clásica. Ártemis, ofendida por Eneo, envió un temible jabalí que destrozaba todo lo que encontraba, asolando así Calidón. Entonces el rey Eneo convocó a los más valientes de Grecia para intentar darle caza, ofreciendo como recompensa la piel de la fiera. Algunos héroes perdieron la vida en la cacería pero, finalmente, Meleagro logró dar muerte al jabalí hundiéndole un venablo en el vientre. Ambas hazañas quedaron reflejadas no sólo los textos escritos, sino que también se plasmaron en distintos soportes, destacando las representaciones efectuadas por los artistas griegos en un buen número de vasos áticos (Heracles: LIMC, V, 2, 1990, p. 60-66; Meleagro: LIMC, VI, 2, 1992, p. 208-222). En época romana es plasmó este mismo episodio y de ello tenemos varios testimonios en la provincia de Córdoba, caso del denominado «sarcófago de Meleagro» hallado en la ciudad califal de *Madinat al-Zahra* (Beltrán,

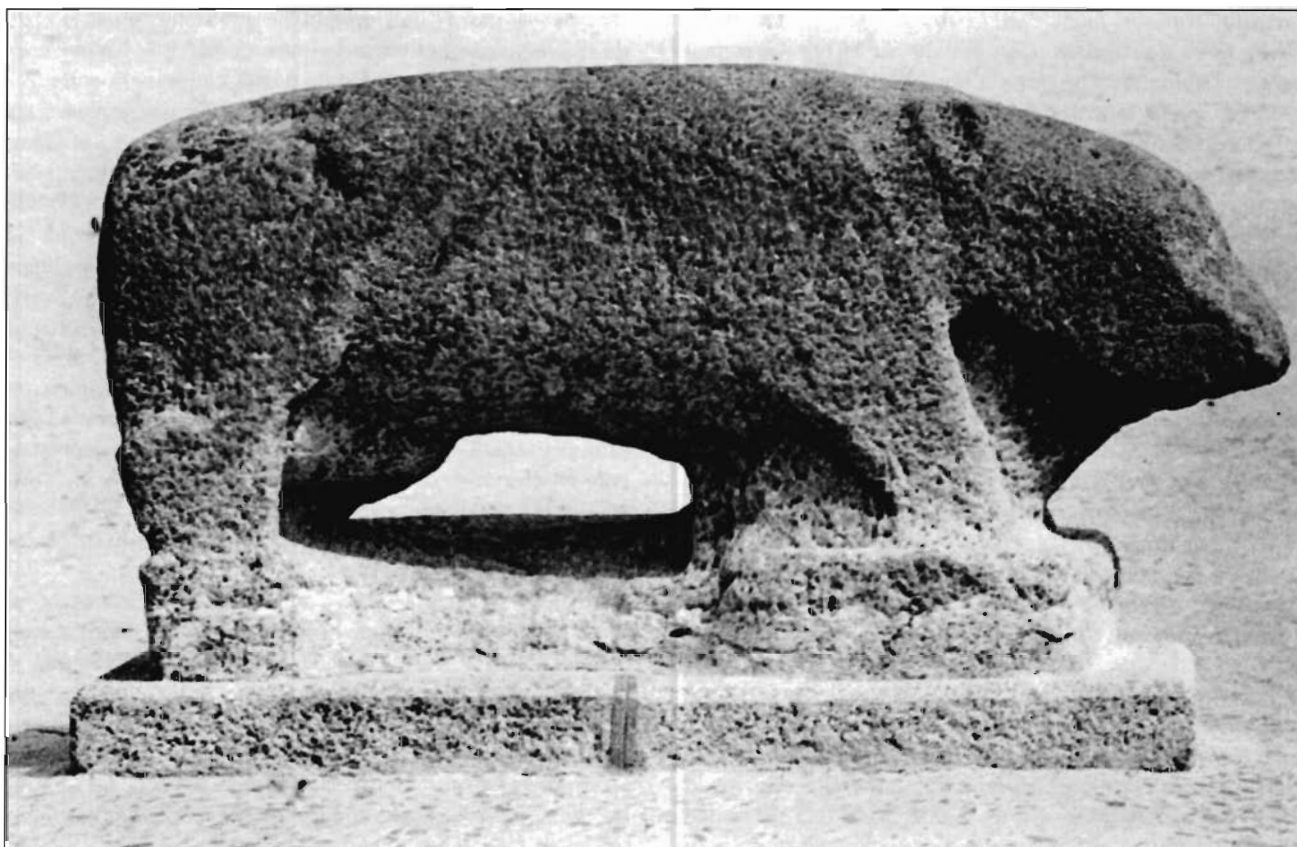


LÁMINA 11. *Verraco de Ciudad Rodrigo (Salamanca).*

1991) o el tondo de Fuente Tójar (Balil, 1987; Vaquerizo, 1995). La mitología griega también nos habla de Adonis que encontró el rastro de un soberbio jabalí. Con la ayuda de sus perros lo acorraló y arrojó su lanza contra la fiera dejándola mal herida. Antes de que tuviese tiempo de ponerse a salvo, el jabalí furioso por la sangre que le manaba, se abalanzó sobre él y le produjo con sus colmillos una profunda herida en la pierna perdiendo, finalmente, la vida.

VI. SIGNIFICADO, FUNCIONALIDAD Y CRONOLOGÍA

El jabalí es, por lo general, un animal fuerte cuyo cuerpo aparece un poco aplastado lateralmente; tiene la cabeza vigorosa, de forma cónica, con el hocico alargado y terminado por una jeta con la que hozaba la tierra en busca de alimento. Sus pies, cortos y anchos, tienen dos pezuñas anteriores y dos posteriores, llamadas guardas; estas últimas no tocan el suelo sino que se elevan en terrenos blandos o pantanosos. Tiene unos ojos pequeños y la vista algo débil, pero en cambio, posee un oído y un olfato extraordinarios, como la mayoría de los animales salvajes. Presenta una particularidad notable en lo que se refiere a su dentadura

pues los cuatro caninos o colmillos están curvados hacia arriba y lateralmente. Los dos inferiores se llaman defensas y los superiores amoladeras, que le sirven al macho para agudizar las defensas, convirtiéndose así en armas temibles, en especial, cuando tiene 3 ó cuatro años. Bien es sabido que los colmillos se han tenido siempre como trofeos. El propio Augusto, mandó trasladar a Roma los dientes y colmillos que estaban consagrados a Diana en el templo de Tegea, pertenecientes supuestamente al jabalí de Calidón.

Veamos algunas descripciones pintorescas, al respecto, de algunos afamados cazadores, que nos pueden servir para conocer la dificultad que siempre ha entrañado su caza, en especial, cuando no existían armas de fuego. Gastón Phoebus, Conde de Foix, nos recuerda: «*En todo el mundo no hay bestia con armas más fuertes que sea capaz de matar con mayor presteza a un hombre o animal; ni bestia alguna que sepa matarlo a solas como él, ni con tanta priesa; ni león ni leopardo pueden herirlo sino saltan a los lomos, allí donde no puede ferir con sus dientes. Ni leones ni leopardos matan a un hombre ni animal de un golpe como él; más han de tirar y arañar con sus garras y morder con sus dientes; el jabalí mata de golpe, como*

cuchillo, y nadie mata con la priesa que el. Es bestia altiva, feroz y peligrosa. Con frecuencia he visto acaescer cosas terribles. He visto ferir a hombres desde la rodilla al pecho, y luego rajarlos y hendirlos; y yo mismo he sido descabalgado muchas veces y me ha matado el caballo» (Lanorville, 1970, p. 16). El gran montero del s. XVII Martínez de Espinar describe así la caza del jabalí cuando se encontraba sujeto en el agarre de los perros: «*Cuando está colérico, nada hay que comparar a su soberbia; los ojos le revientan sangre; la boca llena de espuma; sus golpes son muchos; sus heridas muy grandes, que yo he visto de una herida de un jabalí cortadas cuatro costillas de un perro, y de otra echar tripas fuera a un caballo, con la facilidad que pudiera un toro, y cortarle a otro el espinazo y dejarle partido... Los jabalíes han muerto muchos hombres que queriendo llegar a ellos cuando están perseguidos han dejado hecho pedazos...*» (Moreno, 1991, p. 114-115).

Estrechamente ligado al significado está el problema de la funcionalidad. Volvamos a los ejemplos antes citados y las hipótesis que se han emitido sobre la presencia del jabalí en cada caso, que basculan entre la importancia que tuvo este suido dentro de la actividad cinegética, por un lado, y su relación con el mundo de ultratumba, por otro. En Pozo Moro parece evidenciarse un claro sentido funerario al estar decorando una tumba. En uno de los relieves lo tenemos como víctima de un sacrificio a una divinidad monstruosa que podría haber tenido un carácter terrorífico como devoradora de hombres y animales (Almagro Gorbea, 1978, p. 264-265), mientras que en otro, un jabalí bifronte se enfrenta a derecha e izquierda a dos personajes monstruosos, mitad humanos mitad serpientes, en una escena que podría evidenciar una lucha de dos fuerzas ctónicas (Almagro Gorbea, 1978, p. 266). Sin embargo, otros creen que no se trata de una lucha sino de la narración de un origen cósmico y remoto de la dinastía mítica a la que pertenecía el monarca allí enterrado (Olmos, 1996, p. 106 y 1997, p. 97-102). Al hozar el doble jabalí en la tierra, brota un ser sempertiforme que va adquiriendo forma humana, mientras enrosca la cola alrededor de su doble engendrador, por lo tanto, se trataría de un motivo de surgimiento de lo sagrado. En cualquier caso, la escena del banquete y disposición de ofrendas es típica de la iconografía oriental y la presencia de este suido obedece a un contexto plenamente funerario que explicaría el carácter monstruoso de las divinidades de ultratumba (Almagro Gorbea, 1982, p. 254-255). En la pieza de Cártama (Málaga) un jabalí, en actitud y cronología distintas a Pozo Moro, devora a un carnero, en un papel más propio de los leones, y aunque pudiera parecer extraño que un herbívoro ataque a una presa, se conocen otros casos en yacimientos europeos de época romana (Chapa, 1985, p. 202).

Pero también se representa como víctima, sobre todo, en diferentes escenas de caza donde, para muchos autores, se relaciona con cacerías rituales de carácter funerario.

Una de las piezas más conocidas que representan la caza de este animal es el carrito votivo de Mérida. La pieza ha sido interpretada como ligada a una simbología solar, representado el jinete a las fuerzas de la luz, que acosan a las fuerzas oscuras, de ultratumba, personificadas en el jabalí (Blázquez, 1977, p. 354). También otros autores han puesto en relación esta figura del dios-jinete de los discos de terracota de Kerkouane, Ibiza y el Sur de la Península Ibérica (Almagro Basch, 1979, p. 175-179). Incluso algunos quieren ver aquí la representación de la caza del jabalí de Calidón, fiera de significado maligno y ctónico (Almagro Gorbea y Torres, 1999: 71). De cualquier forma, el tema de la cacería se entiende con un importante componente funerario, bien extendido por todo el Mediterráneo, con gran perduración, incluso en época cristiana. Fue representado en estelas persas, gemas greco-persas de los ss. V-IV a.C., y frecuentemente en los sarcófagos pintados, tanto de época arcaica como clásica, así como en las tumbas etruscas (Chapa, 1985, p. 203).

Esa misma lucha entre dos fuerzas antagónicas se ha querido ver en el bronce de Máquiz (Mengíbar, Jaén), donde aparecen cuatro jinetes que cagalban sobre hipocampos y cuatro animales enfrentados dos a dos, siendo uno de ellos el jabalí y el otro el lobo. Se trata de una escena mítica que tiene lugar en ultratumba (Olmos, 1992, p. 29). La figura de Riotinto ha sido interpretada como exvoto de un santuario (Cuenca, 1996) y también el pequeño puerco mutilado del Llano de la Consolación (Tejera y Fernández, 1997, p. 84), si bien, en este último caso pudo haber tenido un significado funerario si aceptamos la tesis de M^a.C. Marín de que este yacimiento no fue, precisamente, un santuario, sino un lugar de enterramiento (Marín, 1979-80).

Otra pieza que contiene representaciones de este suido es la pátera de Tivissa que algunos la interpretan fuera del ámbito de la caza y la ponen en relación con el mundo funerario. Para algunos constituye, en cierta medida, la expresión más local del mundo de ultratumba que aparece con un lenguaje helenizante en piezas similares como la pátera de Santisteban del Puerto (Jaén) (Olmos, 1992, p. 151). Los jabalíes flanquean el trono de una divinidad y a un personaje dispuesto en cuclillas; otro ejemplar es atacado por un león. El dios entronizado parece estar en relación con la muerte, y con él van unidas las figuras de los jabalíes, representantes del mundo de ultratumba en todo el Mediterráneo (Blázquez, 1977, p. 227). Pese a que otros autores, como A. Blanco y M. Almagro Gorbea, coinciden en ese carácter funerario de la pieza ante la presencia de jabalíes, hay quien ve una simple escena cinegética. El jabalí es el animal representado más veces y es sabido que se trata de la pieza de caza, por excelencia, tanto para iberos como para griegos. La divinidad central podría una deidad indígena de la caza, o incluso, podría tratarse de Ártemis, diosa griega de la caza (Marín, 1983, p. 712-713).

Otro mundo muy diferente parece ser el de los verracos. Estas esculturas adolecen, al igual que la mayor parte de la

estatuaria animalística ibérica, de la falta de un contexto arqueológico fiable que clarifique los dos problemas fundamentales, su funcionalidad y su cronología. Centrándonos en los trabajos más recientes, algunos autores, como R. Martín, hablan de una doble funcionalidad en base a sus características morfológicas. Por un lado, a aquellas piezas de grandes dimensiones y que aparecen asociadas a castros les correspondería una finalidad mágico-protectora del ganado, con una cronología que abarcaría desde principios del s. IV a.C. hasta el s. II a.C. Por otro lado, los ejemplares más pequeños formarían parte de monumentos funerarios, sirviendo como cobertura de las cistas y datados en plena época romana (Martín, 1974; Martín y Pérez, 1976). Otros estudios defienden el carácter funerario de algunas piezas a través de una serie de elementos relacionados con sepulturas, necrópolis, caminos de acceso a éstas, cazoletas, inscripciones y agrupaciones (López, 1982, p. 11-14 y 1983, p. 74-80) con una secuencia cronológica que iría desde fines del s. VI a.C. hasta la época romana imperial. A. Blanco, basándose en los hallazgos de Martiherrero, no duda de su carácter funerario y cree que las esculturas de estos animales se utilizaron como *cupae* o como estelas, siendo todas ellas de época romana (Blanco, 1984, p. 125-126). F. Hernández defiende también una doble función, la funeraria, pero sin perder de vista la hipótesis mágico-protectora del ganado (Hernández, 1982, p. 233-234). Este papel de los verracos como guardianes benefactores no parece que pueda hacerse extensiva, por el momento, al mundo ibérico (Chapa, 1986, p. 187).

En consecuencia, en la órbita del mundo ibérico y teniendo en cuenta las características formales del jabalí de Baena, y en base a los estudios realizados en torno a la escultura zoomorfa, se podría concluir que la pieza podría haber formado parte de alguna de las distintas estructuras funerarias documentadas y, más concretamente, haber coronado una tumba del tipo pilar-estela (Chapa, 1985 y 1986; Almagro Gorbea, 1983a). Sin embargo, el reciente descubrimiento de El Pajarillo en Huelma (Jaén) ha venido a romper con una tónica que ya era común, es decir, identificar cualquier hallazgo escultórico animalístico con perteneciente a un lugar de enterramiento. La propia T. Chapa en su estudio sobre la escultura ibérica jiennense, previo al hallazgo de El Pajarillo, asigna a los leones (incluido el de Huelma) un contenido funerario (Chapa, 1990, p. 49). Pero los dos leones procedentes de este interesante monumento no tuvieron una finalidad estrictamente funeraria sino que formaban parte de lo que sus excavadores han denominado un «santuario heroico». En efecto, se trata de los primeros ejemplares de leones ibéricos, bien documentados arqueológicamente, que no proceden de necrópolis, y que marcan, por primera vez, el uso de este tipo de símbolos en monumentos no directamente funerarios. En cualquier caso, no cabe duda de que, en cierta manera, el mundo del Más Allá se hace presente en El Pajarillo a través de estos felinos (Molinos *et alii*, 1998, p. 323-324).

Al parecer, a partir del s. V a.C. se produjo un cambio significativo en la ideología de la aristocracia ibérica, pues si hasta entonces la aristocracia había aspirado a conseguir imponer una monarquía de tipo orientalizante, con el nuevo siglo, derivó en sus aspiraciones hacia modelos políticos heroicos, al modo en que se conocían en esa misma fecha, en otras zonas del Mediterráneo (Molinos *et alii*, 1998: 328) y el ejemplo más evidente de este cambio lo tendríamos en los conjuntos escultóricos jiennenses de El Pajarillo y Cerrillo Blanco de Porcuna (Negueruela, 1990). Este cambio de la ideología del poder político se documenta en la iconografía de otros *heroa* como el de *Ilici* y otros muchos monumentos funerarios ibéricos (Almagro, 1992, p. 43). Por tanto, el empleo de determinados símbolos de poder y jerarquía, como son los leones, se va a generalizar, a partir del s. IV a.C., en contextos no funerarios, y aquí podrían incluirse muchos de los felinos hallados en la provincia de Córdoba, donde estas figuras aparecen en zonas concretas donde las necrópolis son desconocidas.

No cabe duda de que esta afirmación está por comprobarse arqueológicamente pues, en algunas zonas de Córdoba donde tenemos leones, como es el caso de Baena, no se ha excavado, efectivamente, ninguna necrópolis ibérica pero sabemos de su existencia y que, desde hace años, algunas están siendo objeto de un expolio indiscriminado (Torre Morana, Cerro de los Molinillos). Se trata de enterramientos que debieron tener cierta monumentalidad y riqueza en sus ajuares (esculturas zoomorfas, armamento, cerámicas áticas...) (Morena y Godoy, 1996, p. 83; Vaquerizo, 1994 y 1999, p. 171-180). De todas formas, habrá que ver si esta funcionalidad no estrictamente funeraria de ciertas esculturas zoomorfas, como son los leones de Huelma, se puede extender a otras especies animales, caso del jabalí.

Determinar la cronología del jabalí ibérico de Baena constituye un problema de difícil resolución, pues en este caso se une, a la falta de contexto arqueológico, algo consustancial por otra parte a la mayoría de la estatuaria animalística ibérica, la ausencia de paralelos que permitan de algún modo establecer ciertos criterios de datación. Como se podrá observar hemos usado en bastantes ocasiones el término ibérico pues creemos que, pese a lo poco conservado de la pieza, resulta suficiente como para incluirla dentro de la gran plástica zoomorfa tan característica del arte ibérico; su posición, el material en que está esculpida y su talla esquemática, nos recuerdan a otras esculturas zoomorfas ibéricas. La cronología de las escasas representaciones de este animal en la plástica ibérica en piedra van desde fines del s. VI a.C. para el caso de Pozo Moro y la época helenística para el ejemplar de Cártama; en ese espectro cronológico debemos situar el jabalí de Baena, pero asignarle una datación más concreta nos parece demasiado arriesgado. Su talla esquemática, la posición rígida y estática del animal, sin ningún indicio del más mínimo movimiento, podría llevarnos a incluirlo en el grupo antiguo de los toros o leones de la clasificación de T. Chapa y, en

consecuencia, asignarle una cronología de los siglos V-IV a.C.

VII. CONCLUSIONES

Esta nueva pieza escultórica zoomorfa viene a enriquecer de manera notable la producción artística que dejaron los íberos en la Campiña de Córdoba y constituye, seguramente, una prueba más de ese taller ubicado en la zona de Baena-Nueva Carteya, que produjo, básicamente, estatuas animalísticas, cuyo destino más probable estuvo enfocado a la decoración de los monumentos funerarios pertenecientes a aquellos personajes más destacados de la sociedad ibérica. Se trata de una escultura tallada en piedra caliza local, seguramente exenta, que representa a un jabalí echado, al estilo de otras piezas similares de leones, ciervos, toros... Este suido no fue muy del gusto del mundo ibérico, pues aunque aparece en diversas piezas que ya hemos comentado, apenas fue objeto de representación en la gran plástica en piedra. En base al carácter funerario que posee este animal, la escultura pudo haber formado parte de una tumba del tipo pilar-estela o similar.

VIII. BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M., 1979: «Los orígenes de la toréutica ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 36, p. 73-211.
- ALMAGRO GORBEA, M., 1978: «Los relieves mitológicos orientalizante de Pozo Moro (Albacete, España)», *Trabajos de Prehistoria*, 35, p. 251-278.
- Id.*, 1982: «Pozo Moro y el influjo fenicio en el período orientalizante de la Península Ibérica», *Rivista di Studi Fenici*, X, 2, p. 231-272.
- Id.*, 1983a: «Pilares-estela ibéricos», *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, III. Madrid, p. 20.
- Id.*, 1983b: «Pozo Moro: el monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica», *Madriditer Mitteilungen*, 24, p. 177-293.
- Id.*, 1992: «Las necrópolis ibéricas en su contexto mediterráneo», *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Serie Varia, 1. Madrid, p. 37-75.
- ALMAGRO GORBEA, M. y TORRES, M., 1999: *Las fíbulas de jinete y caballito. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania Céltica*. Zaragoza.
- ÁLVAREZ, J., 1990: «Los verracos del valle del Amblés (Ávila): del análisis espacial a la interpretación socio-económica», *Trabajos de Prehistoria*, 47, p. 201-233.
- ANGOSO, C. y CUADRADO, E., 1981: «Fíbulas ibéricas con escenas venatorias», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 13, p. 18-30.
- AVELLÁ, L. y RODRÍGUEZ, 1986: «Un tesoro de plata procedente de Chiclana de Segura (Jaén)», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 126, p. 27-41.
- ARIAS, P; LÓPEZ, M. y SÁNCHEZ, J., 1986: *Catálogo de la escultura zoomorfa protohistórica y romana de tradición indígena de la provincia de Ávila*. Ávila.
- BALIL, A., 1987: «Un tondo de Fuente Tójar y otros tondi hispanorromanos», *Minerva*, 1, p. 169-184.
- BELTRÁN, J., 1991: «La colección arqueológica de época romana aparecida en Madinat al-Zahra (Córdoba)», *Cuadernos de Madinat al-Zahra*, 2, p. 109-126.
- BLANCO, A., 1960: «Orientalia II», *Archivo Español de Arqueología*, XXXIII, p. 3-44.
- Id.*, 1964: «A caça e seus deuses na Proto-história Peninsular», *Revista de Guimarães*, LXXIV, p. 329-349.
- Id.*, 1984: «Museo de los verracos celtibéricos», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXXI, 1, p. 1-60.
- Id.*, 1988: «Las estatuas de verracos y las fíbulas zoomorfas celtibéricas», *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie, II, 1. Historia Antigua, p. 69-78.
- BLÁZQUEZ, J.M^a., 1955: «Los carros votivos de Mérida y Almorchón. Su significación religiosa», *Zephyrus*. VI, p. 41-60.
- Id.*, 1975: *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*. Madrid.
- Id.*, 1977: *Imagen y mito. Estudio sobre religiones mediterráneas e ibéricas*. Madrid.
- BOSARTE, D., 1802: *Viaje artístico a Segovia*. Madrid.
- CASTELO, R., 1995: «Técnicas y materiales constructivos en el mundo ibérico», *El Mundo Ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000 (Catálogo de la Exposición)*. Toledo, p. 132-144.
- CERDEÑO, M^a.L. y CABANES, E., 1994: «El simbolismo del jabalí en el ámbito celta peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 51, 2, p. 103-119.
- CUENCA, J.M^a., 1996: «Materiales de un santuario hispanorromano en Riotinto (Huelva)», *Revista de Arqueología*, 179, p. 50-57.
- CUNLIFFE, B.W. y FERNÁNDEZ, M^a.C., 1999: *The Guadalquivir Project. Andalucía in the first millennium BC.V. 1. Torreparedones and its hinterland*. Oxford.
- CHAPA, T., 1985: *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*. Madrid.
- Id.*, 1986: *Influjos griegos en la escultura zoomorfa ibérica*. Iberia Graeca. Serie Arqueológica, 2. Madrid.
- Id.*, 1990: «La escultura ibérica de Jaén en su contexto mediterráneo». *Escultura ibérica en el Museo de Jaén*. Jaén, p. 43-51.
- CHAVES, F., 1982: «Nuevas esculturas de leones de la zona de Baena». *Homenaje a C. Fernández Chicarro*. Madrid, p. 227-247.
- DE LA BANDERA, M^a., 1982: «Nuevas figuras zoomorfas del Bajo Guadalquivir». *Habis*, 10-11, p. 391-400.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., 1953: «Excavaciones en el Llano de la Consolación (1891-1946)», *Archivo de Prehistoria Levantina*, IV, p. 195-209,

- FERNÁNDEZ, M. y OLMOS, R., 1986: *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica*. Madrid.
- GALLARDO, M^a.D., 1995: *Manual de Mitología Clásica*. Madrid.
- GARCÍA y BELLIDO, A., 1936: *Los hallazgos griegos en España*. Madrid.
- Id., 1949: *Esculturas romanas de España y Portugal*. Madrid.
- Id., 1954: «Arte Ibérico», *Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal*, I, xxx. Madrid, p. 371-675.
- GONZÁLEZ, P., 1998: «Animales míticos en el mundo clásico», *Espacio, tiempo y Forma*. Serie II, 11. Historia Antigua, p. 137-157.
- GREEN, M., 1992: *Animals in Celtic Life and Myth*. London-New York.
- HERNÁNDEZ, F., 1982: «La escultura zoomorfa del Occidente peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 39, p. 211-239.
- LANORVILLE, G., 1970: *La caza del jabalí*. Barcelona.
- LEÓN, P., 1997: «La imagen en la cultura ibérica. La escultura», *Los Iberos. Príncipes de Occidente*. Barcelona, p. 153-169.
- Id., 1998: *La sculpture des ibères*. Paris.
- LÓPEZ, G., 1977: «Particularidades escultóricas de los verracos», *XV Congreso Nacional de Arqueología*, p. 721-726.
- Id., 1982: «Las esculturas zoomorfas célticas de la Península Ibérica y sus paralelos polacos», *Archivo Español de Arqueología*, 55, p. 3-30.
- Id., 1983: *Expansión de los verracos y las características de su cultura*. Madrid.
- Id., 1989: «Esculturas zoomorfas celtas en la Península Ibérica», *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, X. Madrid.
- MARÍN, M^a.C., 1979-80: «El supuesto santuario ibérico del Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)», *Habis*, 10-11, p. 233-240.
- Id., 1983: «Una nueva interpretación de la pátera de Tivissa», *XVI Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, p. 709-717.
- MARTÍN, R., 1974: «Variedades tipológicas en las esculturas zoomorfas de la Meseta», *Studia Archaeologica*, 32, p. 74-82.
- MARTÍN, R. y PÉREZ, E., 1976: «Las esculturas zoomorfas de Martiherrero (Ávila)», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXIII, p. 67-88.
- MOLINOS, M. et alii, 1998: *El santuario heroico de «El Pajarillo»*. Huelma (Jaén). Jaén.
- MORENA, J.A., 1989: *El santuario ibérico de Torreparedones (Castro del Río-Baena, Córdoba)*. Córdoba.
- Id., 1992: «Prospección arqueológica superficial de urgencia en los terrenos afectados por el trazado de la variante de Baena (Córdoba)», *Anuario Arqueológico de Andalucía/1990. Actividades de Urgencia*, III, p. 78-82.
- Id., 1997: «Los santuarios ibéricos de la provincia de Córdoba», *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló*, 18. *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico*, p. 269-295.
- Id., 2000: «El sillar decorado de Torreparedones. Una pieza excepcional de la plástica ibérica en piedra en el Museo Histórico Municipal de Cañete de las Torres», *Boletín de la Asociación Provincial de Museos Locales de Córdoba*, 1, 2000, p. 45-63.
- MORENA, J.A. y GODOY, F., 1996: «Tres esculturas zoomorfas inéditas de época ibérica en el Museo Arqueológico de Córdoba», *Madrider Mitteilungen*, 37, p. 74-85.
- MORENO, J., 1991: «Caza mayor del jabalí», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 121, p. 113-118.
- MUÑOZ, A.M^a., 1987: «Un ejemplo de continuidad del tipo de vivienda ibérica en el municipio de Iponoba. El Cerro del Minguillar (Baena, Córdoba)», *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*. Madrid, p. 63-68.
- NEGUERUELA, I., 1990: *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)*. Madrid.
- Id., 1990-91: «Aspectos de la técnica escultórica ibérica en el siglo V a.C.», *Lucentum*, IX-X, p. 77-83.
- NÖEL, J.F., 1987: *Diccionario de mitología universal*. Barcelona.
- OLMOS, R., 1992: «El surgimiento de la imagen en la sociedad ibérica», *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Madrid, p. 8-32.
- Id., 1996: «Pozo Moro: Ensayos de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo ibérico», *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. Madrid, p. 99-114.
- Id., 1997: «La mitología ibérica en el espejo de la imagen», *Realidad y Mito*. Madrid, p. 89-115.
- PRIETO, S. y LÓPEZ, V.M., 2000: «Fíbulas argénteas con escena figurada de la Península Ibérica», *Complutum*, 11, p. 41-62.
- RADDATZ, K., 1969: *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*. Berlín.
- ROBERTS, T.R., 1995: *Celtas. Mitos y Leyendas*. Madrid.
- RODRÍGUEZ, P., 1994: «Transformaciones urbanas en las ciudades de la Baetica durante el Alto Imperio», *Actas XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica. La ciudad en el mundo romano*, I. Tarragona, p. 347-356.
- RUANO, E., 1981: «Aproximación a un catálogo de escultura ibérica en la provincia de Córdoba», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 13, p. 42-50.
- SERRANO, J. y MORENA, J.A., 1988: «Un relieve de baja época ibérica procedente de Torreparedones (Castro del Río-Baena, Córdoba)», *Archivo Español de Arqueología*, 61, p. 245-248.

- TEJERA, A. y FERNÁNDEZ, J., 1997: «El mito de Habis, un problema histórico y arqueológico», *Realidad y Mito*. Madrid, p. 73-88.
- VALVERDE, F., 1903: *Historia de la villa de Baena*. Córdoba.
- VAQUERIZO, D., 1994: «Muerte y escultura ibérica en la provincia de Córdoba», *Revista de Estudios Ibéricos*, 1, p. 247-289.
- Id.*, 1995: «El uso del mármol en la decoración arquitectónica y escultórica de villae cordobesas», *Poblamiento romano en el sureste de Hispania*. Murcia, p. 81-103.
- Id.*, 1999: *La cultura ibérica en Córdoba. Un ensayo de síntesis*. Córdoba.
- VICENT, A.M^a., 1982-83: «Tres esculturas íbero-turdetas de cérvidos procedentes de Baena (Córdoba)», *Corduba Archaeologica*, 12, p. 15-25.
- VV.AA., 1990 y 1992: *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae*, V, 2 y VI, 2.